

AL SON DE CORIA

Escribir —glosar simplemente— sobre Coria y su comarca, es para mí enormemente comprometido.

¡Coria y su comarca!, raíz en mí de tantas cosas.

Hace ya años, la definía así: Coria, tejado a dos aguas. Y en un poemario: Catedral, atalaya/en vigilia de río/; Coria, romana/tierra de regadio!.

Así es su ambivalencia. Dos aguas. La espiritual de la Pila-Catedral, de única nave. La de su río, Alagón —halago de mí mismo—, fertilizando su Comarca de Este a Oeste, de mi ser-este, a mi fin-oeste.

Antigua capital vetona, luego Señorío del Conde Don Gutierre, más tarde, de los Alba.

Desde la Plasencia-Señora, a Casillas, en mi Vega plácida. Desde los paños de lana caliente de Torrejoncillo a la Moraleja metafísica. Con el redondel geográfico —ceranda, cerandeo— de Riobobos, Huélagas, Calzadilla, Villa del Campo, Casas de Don Gómez...

Gráciles pueblos, rural arquitectura, agudados sus campos hasta festonear por la flor del tabaco, de la panoja del maíz, del capullo algodón, de malvas, amarillos o rosas de su paleta floral de rico oficio.

La laboriosidad de sus gentes, su abierto carácter —como el río en sus brazos, mutación de cauce jurídico y romano—, el puente sin río, de ayer, hoy, de río con sus puentes —dos—

en bodas de aguas mahometano cualquiera—, emporio de riqueza provincial por sus vegas nutricias, moneda que corre, como en la canción, no falsa, y sus toros.

¡El toru! Paganía de semana al año, sangría necesaria para la alta tensión del laboreo monorrítmico. Acogimiento hidalgo, de tierra que se da, que se entrega. De Este a Oeste. Como yo.

¡Puerta de Nuestra Señora de la Guía!, que es eso, en endecha hacia el Valle que sigue y sigue hasta la franquía de la Sierra de Gata.

Y como el paisaje es llano, sonriente, así las gentes, abiertas, que el rodeo de la naturaleza es la impronta del alma.

Abanico de risas en las fiestas, concentración en los cultivos, achachados, por delante la mujer —mahometanos cualquiera—, cortando la tierra, defoliando la planta («galanteándola», dice Francisco).

O peleando contra el sarraceno, allí en la linde del Algodor —río hijo en mi tierra madre—, aniquilándole.

¡Qué reposo por las callejas cercanas a la Catedral! Patios agareños vertiendo por sus tapiales la verde enredadera.

Para escribir, soñando el río (¿verdad, Rafael Sánchez Mazas?, tu Pedrito de Andia). O mis versos de campo en mis orillas, enseñando otros tactos.

¡Ay!, Coria, hoy de verde lujuria ya, y lejos

sino también por el mismísimo infante Don Juan, hermano de Sancho IV.

El siglo XIV, cuyos primeros años alumbraba la regencia de María de Molina, comienza, pues, con el reinado de Fernando IV el Emplazado y termina con el de Enrique III el Doliente. Al medio, Alfonso XI y Pedro I, todavía de la Casa de Borgoña y Enrique II de las Mercedes y Juan I, estos dos ya de los Trastámaras.

Siglo durante el cual se libra la batalla del Salado (1342), a consecuencia de la cual GUADALUPE se convertirá en uno de los centros religiosos y culturales más importantes del occidente cristiano.

Cáceres, sin un protagonismo directo en la gran historia, será terreno para el cambalache y la prebenda, algo que se da o se quita a este o al otro señor, a esta Orden o a la otra, según las conveniencias del monarca de turno y según las circunstancias,

de aquel poema de mi amigo Alfonso Albalá —niños a pájaros— que dice: «Coria, ciudad episcopal, anciana/junto al puente sin río, olvidada, callada...».

Hoy, Coria de agua regalada...

Miguel SERRANO

desde luego que siempre o casi siempre en perjuicio de los Concejos cacereños. Así, por ejemplo, Fernando IV aplaca a su tío Don Pedro otorgándole señorío sobre Gallesto y Granadilla y cede temporalmente Arroyo de la Luz (entonces del Puercu) a un portugués; da a la Orden de Alcántara el señorío de Eljas, Albalat a Fernán Gómez y a uno de sus primos Almaraz y obliga a que Plasencia entregue Valverde de la Vera a Nuño Pérez...

El portador de la semilla de Maltravieso pasaba, por consiguiente, de este señorío al otro, de dependiente del Concejo a ser vasallo de aquella Orden; en fin, de sufrir a unos a sufrir a otros...

Deja el siglo XIV algunos importantes monumentos en la provincia. El principal, sin duda, el Monasterio de GUADALUPE, en su traza general, amén de en otros muchos detalles. Lo mandó construir, sobre una pequeña ermita ya existente, Alfonso XI.

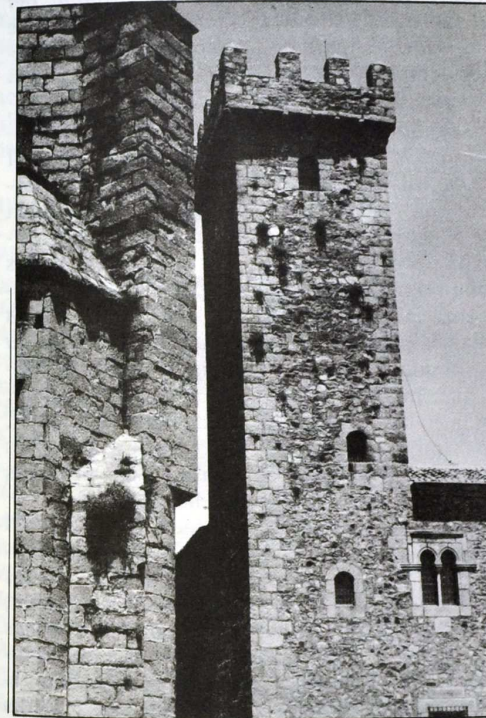
La ermita del Espiritu Santo, de CACERES, es obra que se sitúa entre los siglos XIV y XV, así como la llamada Casa Muñeira, que está en la cacereña cuesta de la Aldana. Importante obra de este tiempo es la torre de las Cigüe-

ñas, parte de la casa Cáceres-Ovando, ésta del siglo XV.

A caballo entre el XIV y el XV, el Castillo de GRANADILLA y la Casa Gótica

LAS VISPERAS EXTREMEÑAS

Hasta entrado en su último cuarto, el siglo



Torre de las Cigüeñas (Cáceres)

de PLASENCIA. y XV no se diferencia mucho de su precedente. Al menos para los pobladores de las tierras cacereñas, tanto si nobles como si plebeyos.

El reinado de Juan II (1406-1454), monarca de carácter débil, dominado por la avasallante personalidad de Don Alvaro de Luna, a quien al final mandaría degollar, sigue dando a los nobles en perjuicio del pueblo y

EL PARTICULAR ENCANTO DE UNA VIEJA CIUDAD, NUEVA

Cuando me fui a vivir a Cáceres, desde Nueva York, donde estaba trabajando, tardé muy poco en percibir el peculiar encanto de una población, entonces, mediados los sesenta, pequeña, recoleta y habitada, en general, por gente madura. Era maravillosa, luego de cruzar cada día una ciudad mastodóntica en Metro, buscando el reportaje pedido que nunca estaba donde debiera; escuchar las campanas de Santa María, después de un día tranquilo y hogareño tomando café frente a la chimenea. Un pueblo chico y silencioso, una plaza mayor con palmeras, cigüeñas en febrero, señoras de velito y devocionario, taconeando discretas a la salida de misa de una. Paseando por una calle de Pintores donde todo el mundo se conocía, tomando el aperitivo en el Bar Norba que ya no existe —donde se forjaban todos los noviazgos y se daban cita los chismes y las señoras ociosas—, he esperado a mis dos hijos, los he criado, los he visto crecer haciendo labor en Cánovas; cuatro veces al día hice el recorrido desde mi casa, en el barrio antiguo, hasta la escuela nacional de la Avenida de la Virgen de la Montaña, llevándoles, buscándoles, asistiendo a su transformación.

Si no hay nada en el mundo más apasionante que observar el nacimiento de una criatura, contentamente sin vida se convierte en un ser humano, responsable, consciente, abocado a morir, creo que aún es más maravilloso, por insólito, asistir al nacimiento, día a día, en poco tiempo como esos pueblos de cartón-piedra que surgen casi instantáneamente como fondo a la historia del vaquero y la dama en los estudios de cine americanos, de una nueva ciudad a nuestro alrededor. Una nueva ciudad que nada tiene que ver con la vieja de mis tiempos de recién casada, aparte de no haber perdido ni un ápice de su extraño, especial, inimitable encanto.

Los viejos vestidos de negro que charlaban parsimoniosos bajo unos árboles que ya no existen, en esa Plaza Mayor de casas enclavadas que parecen de Nacimiento, deben de estar todos muertos. Universitarias de pechos jóvenes bajo unas camisetitas con letreros, pantalones cortos, ojos apasionados, largas piernas, sustituyen a los ancianos oscuros, tan elegantes, tan señores, a la entrada de una calle Pintores que parece el «campus» de una universidad europea.

—¿Dónde vamos hoy? —nos preguntábamos cada domingo.

Y si no daban una buena película, aquellas buenas películas tan censuradas de nuestra juventud, acabábamos paseando por el campo, ese campo,

de la propia corona. Dio Galisteo a *Garcí Fernández Manrique*, Alconétar a *Don Enrique de Guzmán*; a su hijo *Enrique*, llamado a sucederle, Granadilla, Montánchez y Trujillo e, incluso, Cáceres, con lo que levantaría en armas a algunas de las más linajudas y guerreras familias cacereñas.

Enrique IV el Impotente (1454-1474) casó

en segundas nupcias con una hija de *Eduardo de Portugal* y fue padre —o no— de *Juana la Beltraneja*, aspirante al trono.

Sería aspirante frente a las pretensiones de su tía *Isabel*, luego *la Católica*, y que no lograría sus objetivos pese a la ayuda que le presta *Alfonso V de Portugal*, quien invade los territorios castellano-

leoneses, precisamente por la frontera de Cáceres, y llega a proclamarla reina en Plasencia.

La nobleza cacereña, en general, se divide, tanto que hasta 1475 *Isabel* no logra el reconocimiento de la villa de Cáceres; la de Trujillo no lo hace hasta 1477. Años éstos en que los partidarios de la una y de la otra, por lealtad o por ambición, por convencimiento o por despecho se enzarzan en embarrulladas luchas.

Hasta que *Isabel*, palo en una mano y zanahoria en la otra, acaba por imponerse, bien que para contentar a tan levantiscos caballeros lo haga casi siempre a costa de la merma de los derechos de los pueblos.

Luego, en 1479 tiene lugar la definitiva unión de Aragón y Castilla, y los llamados *Reyes Católicos*, afianzados en el poder, quedan en libertad para lanzarse a nuevas empresas, de muchas de las cuales

serán partícipes e incluso artífices los herederos del solar de Maltravieso.

Las bulas otorgadas por *Sixto IV* en 1478 y 1480 les permiten crear el *Tribunal del Santo Oficio*. El 6 de enero de 1492, el último baluarte musulmán en la Península, Granada, es conquistado para la cruz. El 31 de marzo del mismo año se decreta la expulsión de los judíos. Y cuatro meses después, el 3 de agosto, parten de costas españolas *la Pinta*, *la Niña* y *la Santa María*, y el 12 de octubre, 12 de octubre de 1492, las tierras americanas reciben las primeras huellas españolas.

Hacia 1499, año en el cual *Alonso de Ojeda* recorre las costas de Brasil y Venezuela, un cacereño, *Nicolás de Ovando*, es nombrado gobernador general de las tierras descubiertas y por descubrir al otro lado del Atlántico y, con ello, se abre definitivamente la hora americana de Extremadu-

ra, que en lo cultural dio al siglo figura tan insigne como *Francisco Sánchez el Brocense*.

Del XV, aunque con reformas posteriores que deforman más o menos su origen hay en la provincia de Cáceres numerosos y notables monumentos, unos en mejor y otros en peor estado.

De esta época, en la que se comienza la Catedral Nueva de PLASENCIA, son las iglesias parroquiales de *Ntra. Sra. de la Asunción* (donde se conservan notables muestras del arte del Divino Morales), en ARROYO DE LA LUZ; *la de Santa María*, en BAÑOS DE MONTEMAYOR; *la de Santiago*, en BELVIS DE MONROY; *la de Santa María*, en CACERES; *la de San Pedro Ad-víncula*, en CASATEJADA; *la de Santa María de la Concepción*, en GARROVILLAS, donde hay otra más importante muestra, como es la iglesia, no parroquial, de *San Pedro Apóstol*; *la de la Asunción de Nuestra Señora*, en HOYOS; *la de San Andrés*, en NAVALMORAL DE LA MATA; *la de Santa Florentina*, en BERCOCANA; *la de Tiejeda de Tietar*...

Del siglo XV es parte del Castillo de ALCANTARA; los con-

ventos de *San Francisco y San Pablo*, en CACERES; *la capilla de Santa Ana*, dentro del Monasterio de Guadalupe; *la iglesia de San Vicente*, en

de Espadero-Pizarro, *la de Lorenzo Ulloa*, *la de los marqueses de Camarena* (reconstruida en el XVIII), *la torre del Comendador...*, CORIA y JA-

RIA, el *Palacio de los Duques de Alba*; ABADIA, los restos de lo que termina siendo el *Palacio de los Duques de Alba*; TREVEJO-VILLAMIEL, el *Castillo...*

Y no hay que olvidar, por supuesto, lo que de antiguo conserva el bellissimo *barrio judío* de HERVAS, obra de éste y de anteriores siglos.

BAJO CARLOS DE ESPAÑA O V DE ALEMANIA Y FELIPE II

Entrado el siglo XVI, año 1504, muere *Isabel Fernando*, que la sobrevive hasta 1516, viene a fallecer en Madrigalejo. Ya para esta última fecha habían ocurrido todas las peripecias de *Juana la Loca* y *Felipe el Hermoso*, y *Fernando el Católico*, a su vuelta de Italia (1507), ha dispuesto de tiempo y energías para poner orden en el desorden reinante.

El 30 de mayo de 1516 es proclamado rey de España, con el nombre de *Carlos I*, el hijo habido de la no muy feliz unión entre los citados *Juana* y *Felipe*. *Carlos I de España*, que pisa tierra española sin siquiera saber ni entender la lengua castellana y rodeado de una ávida corte de señores fla-



Portada de la Catedral de Plasencia

PLASENCIA; la torre de la iglesia de SEGURA DE TORO; *la iglesia y el convento de la Concepción*, en TRUJILLO; el *Monasterio de Yuste* y su iglesia conventual...

Además, CACERES conserva la *Casa Rectoral de Santa María*, *la Casa de la Generala*, el *Palacio de los Golfines de arriba*, el de Ovando, la *Casa*

RANDILLA, sus respectivos *Castillos*; PLASENCIA, el *Palacio Episcopal* y *la Casa del Doctor Trujillo*; TRUJILLO, *Casa de los Bejaranos*, *la de los Pizarro*, *la de los Rol-Zárate y Zúñiga*, *la de Calderón y Torres*, *la torre del Alfiler* y, en parte, al menos, *la de los Altamiranos*, más el *convento de Santa María y la Magdalena*; CO-

jaras, encinas, suelo amarillo y un cielo tan claro y bajo en las noches de verano, como para coger una estrella sin más que alargar la mano. El más hermoso de la nación, ahora, antes, cuando los conquistadores, siempre.

—¿Dónde iremos? —se pregunta la muchacha de los años ochenta, dudosa entre tanta alternativa.

—¿Al pub, a la discoteca, de compras en los miles de nuevas tiendas, a la exposición, a la conferencia, de tascas, al cine-club, a esa inauguración o al teatro universitario?

Empujando el coche de mi primer bebé, esperando el segundo que se demoró muy poco, complicándome alegremente vida y profesión, yo he visto construir la Madriña, ladrillo a ladrillo, convertirse a una población pequeña y tranquila, encantadora, silenciosa, de tardes que se hacían largas en invierno, en urbe universitaria y ruidosa, llena de vida. Tan distinta, tan nueva, tan otra que, a veces, me froto los ojos pensando que sueño.

—¿Quiénes son esos gamberros que estropean con sus gritos el silencio de nuestra Plaza de Santa María?

—Y ese joven vestido de oscuro, ¿estás seguro de que es un obispo?

—Es imposible que ahí esté la tienda de «blue-jeans», si es donde la vieja panadería...

—¿Una torre de apartamentos? Si ahí vivía mi amiga en su hotelito con jardín.

Mi chaval, séptimo de Básica, los grandes ojos trágicos, negrísimo, de sus antepasados extremeños, me acompaña en el periplo sentimental con la extrañeza de los demasiado jóvenes para comprender. Le explico una ciudad, tan distinta, tan rara, tan fuera de su óptica que me mira lleno de asombro:

—Pero mamá, ¿y eso cuándo ocurría?

—Hace como quince años.

—Yo sólo tengo doce.

—Pues eso, antes de tí, antes de la democracia, antes de todo. En la Edad de Piedra.

Begoña GARCIA-DIEGO

